

AUSPICIO Y DEFENSA, EL DE ISABEL I DE CASTILLA

Maruxa Duart Herrero

[Una reina, Isabel de Castilla se encuentra sentada contemplando a los paisajes de la Capilla Real de Granada. Imágenes de la época son proyectadas mientras los personajes hablan, Mayordomo se muestra con cautela e Isabel, enérgica se manifiesta con fuerza. Una música de aquel tiempo comienza a trinar antes de que los personajes].

VOZ EN OFF: Alguien desazonado y temeroso llama a Isabel desde el otro lado de un hermoso sarcófago de alabastro y jaspe.

MAYORDOMO: ¡Señora, señora!

REINA ISABEL: ¿Qué os pasa centinela?

MAYORDOMO: El guardián de los tiempos ha recibido un alarmante mensaje. Un ejército de mercenarios se acerca.

REINA ISABEL: ¿Quiénes son los que turban la paz de los tiempos y la mía?

MAYORDOMO: Unos que os consideran un peligro, gobernantes de taifas o reducto de ellos, en épocas venideras, que como antaño gobiernan con desprecio un estado falto de justicia y equidad, llenos de vicios que medran entre robos y corrupciones junto a un clientelar ejército de holgazanes tributario por sinecuras.

REINA ISABEL: ¿Qué puedo hacer yo tras siglos de iniquidad y olvido sino restar en paz?

MAYORDOMO: Preservar la memoria de los tiempos señora. La turba de mercenarios viene hacia aquí para arrasar con vos por creeros el último bastión de la unidad en Hispania. Llamad a vuestros leales tercios de Castilla vizcaínos, también a los de Guipúzcoa y Vizcaya, ellos harán que retrocedan los mercenarios como hicieron en el pasado.

REINA ISABEL: ¿Qué puedo hacer en estas horas cuando no soy más que un guiñapo?

MAYORDOMO: Vos que fuisteis magnánima e inteligente, la reina más adelantada e importante mujer de vuestro tiempo, la hacedora del primer estado e imperio más grande de Europa, nos sois ninguna piltrafa. Habréis de arremangaros, como en potras ocasiones y hacer frente a la retahíla de gobernantes aprovechados y zainos de las nuevas taifas que procuran el silencio y secuestro de la memoria en aras de ardidés y malos fines.

[El centinela nervioso apenas levanta la mirada del suelo desde la helada estancia].

REINA ISABEL: ¿Cómo haré?

MAYORDOMO: ¿Acaso no recordáis quién fuisteis? Avivaré vuestra memoria. Vuestra gobernanza fue compasiva. No en balde amparasteis a los indígenas del nuevo mundo como súbditos, cosa que cuestionaban desaprensivos comerciantes barceloneses y otros desalmados allende de las fronteras que los pretendían esclavos cautivos y faltos de naturaleza humana para tratarlos como bestias porcinas. Apoyasteis y sufragasteis gestas que abrieron mundos ignotos, patrocinasteis universidades y gramáticas. Reformasteis la formación de clérigos y nobles analfabetos. Vuestras hijas como las hijas de Tomás Moro, fueron un

modelo a seguir, elogiaron vuestra labor con ellas gentes como Erasmo de Rotterdam o Vives, y también vuestro humanismo. De vos se decía que arengabais a vuestro esposo y a militares en correrías militares y hospitales de campaña: “La reina lleva bragas y no faldetas”. Fuisteis la primera en otorgar ayudas a la lactancia, tan cacaraqueada tras muchos lustros, a las mujeres que amamantaban hijos mientras sus esposos se hallaban en el frente. Erradicasteis bandolerías e injusticias.

REINA ISABEL: No estaba escrito que yo reinara. En mi tiempo recogí el testigo de mis antepasadas las reinas propietarias: Munia, Urraca, Sacha, o Berenguela y tantas otras para gobernar. Para ello hube de enfrentarme a mi suegro el rey Juan de Aragón y a mi propio esposo del que hube de separarme un tiempo a pesar de lo mucho que lo amaba, pues el rey Juan pretendía que yo como mujer no gobernara el reino de Castilla, aduciendo la Ley sálica franca que imperaba en su reino. Fue éste quien despojó de la corona del reino de Navarra perteneciente a su primera esposa la reina propietaria Blanca de Navarra a su hija Blanca. De él se decía que asesinó a su propio hijo el príncipe de Viana, hermanastro de mi esposo por el mismo motivo. Juan de Aragón instigaba sobre mi esposo para que no rigiese una mujer Castilla sino él o su hijo Fernando. Me criticaron banderías, señores y partidarios de entonces que entrara en la catedral a caballo como cualquier varón sosteniendo en la diestra la espada desnuda con la empuñadura en alto pues esto incurría en un acto de vergüenza para mi esposo. No fui perfecta ni santa. Mi tiempo fue un tiempo de hombres. Asistí a una escuela primaria donde se educaban a niños y niñas por igual, cosa que quizá vendría a confirmar mi carácter libre e independiente. Una escuela libre abierta con el patrocinio de mi abuela paterna Catalina de Lancaster a cargo de los padres dominicos. La instrucción y tutelaje de las mujeres corría a cuenta de hombres, la mayoría clérigos que contaban con muchos prejuicios debido a su condición de célibes y al desconocimiento y temor que tenían hacia las mujeres. Las fuentes que ellos sorbían y desde las cuales partían y enseñaban daban por supuesto la supremacía y cualidades del varón sobre la hembra en un mundo por demás muy jerarquizado. Mi preceptor Fray Martín de Córdoba escribió para mí un tratado de educación, “El libro de nobles doncellas”. En éste se leía: “La mujer no tiene culpa de haber nacido mujer, tener cuerpo flaco, ser poco esforzada o carecer de discreción (..) Es por eso que ha de obedecer el seso y la querencia del varón que en todo es más perfecto.

MAYORDOMO: Disculpad que os interrumpa, señora no podemos esperar más, no hay tiempo. Permitid que nuestro ejército, una hueste de gentes de bien que murieron a manos de viles y codiciosos señores haga frente a los mercedarios.

REINA ISABEL: Está bien, intentaré ayudaros. Yo misma iré en busca de los tercios guipuzcoanos.

MAYORDOMO: ¡Ya están aquí los nuestros! ¡Dejad que abra las puertas de la ciudadela, señora!

REINA ISABEL: ¡Está bien, abridlas! – Pero son los mercenarios quienes interceptan a la reina haciendo acto de presencia antes de salir de la helada estancia. –¿Quiénes sois y qué queréis? – pregunta con aspereza la reina.

Alguien, el más fiero y soberbio sonríe con sarcasmo. –¡Ja,ja,ja...Vuestra cabeza!

REINA ISABEL: ¡De nuevo estáis aquí! ¡Os reconozco! No habéis perdonado que os sustrajera foros y privilegios con los que expoliabais a nuestras gentes. Con vuestras banderías y mesnadas las casas, aun religiosas, se encontraban sin seguridad por andar suelto el vicio siendo objeto de violaciones. La corona sin estados, por prodigalidades de vosotros y vuestros secuaces, generabais un fin desordenado e inquieto. Cruelmente eran fatigadas ciudades y pueblos de Hispania de cruelísimos ladrones, homicidas, robadores y salteadores por vosotros mismos. Las gentes no podían defender patrimonios y haciendas de éstos pues a nada temían a falta de justicia, ni a Dios, ni al rey. Nadie tenía seguras a sus hijas ni mujeres porque había gran multitud de malos hombres que cruelmente salteaban, robaban y mataban a mercaderes, caminantes y a hombres que iban a ferias. Capturabais a muchos, a los cuales sus parientes rescataban no con menos dineros que si las hubieran capturado moros u otras gentes bárbaras, menospreciando leyes humanas usurpaban todas las justicias. Señores belicosos e indómitos sin ley ni conciencia azotabais con vuestros mercenarios el norte y este de Hispania habitando montes y lugares ásperos, mientras como tiranos hacíais pagar por fuerza a inferiores en armas y vencidos cometiendo todo tipo de maldad y crimen contra sus próximos.

A poco, los tercios castellanos vizcaínos encabezan el ejército de muertos que se han izado de sus sepulturas. Su número es cuarenta veces superior al de los mercedarios que huyen pavorosos y medrosos abandonando envanecimientos y desdenes ante el estrépito y la polvareda que levantan el soberbio ejército y sus huesos.